

LA MANO QUE CURA

lina maría parra ochoa

Para Soledad, que tiene los poderes

«Quemarás la ruda
prepararás la poción
y en noche de luna
repetirás la oración:

linda luna que ahí con tu luz iluminas
el brebaje, a ti te invoco,
ayúdame a conseguir lo que he pedido».

JUANA MOLINA

«La escribiré con sangre
con tinta sangre del corazón».

BENITO DE JESÚS

«Llamo a Babalú

Él viene p'acá

Babalú conmigo anda».

RICHIE RAY y BOBBY CRUZ

**DESPUÉS DE CINCO HORAS DE MUERTA
UNA MUCHACHA REVIVE Y HACE PREDICCIONES**

Noticias recibidas desde Chocó revelan que, en el corregimiento de San Pacho, municipio de Acandí, resucitó después de cinco horas de muerte la joven de diecisiete años Ana Gregoria Mena. La resucitada, una vez volvió a hablar, expresó a sus oyentes que había tenido un largo diálogo con una voz de la selva que le manifestó múltiples conocimientos. La joven Ana Gregoria hizo varias predicciones cuya veracidad no ha sido confirmada. La familia la trasladó a Turbo al día siguiente para llevarla luego a Medellín, donde sería sometida a evaluación médica. Se reporta que la joven nunca llegó a la capital antioqueña.

OSORIO, corresponsal

1

Lo de las moscas ya había pasado antes, a una tía. Después de que se le murió el marido, su casa empezó a llenarse de moscas. Buscó varias explicaciones, pero realmente no las había. No encontró huevos ni larvas, nada estaba pudriéndose, no existía manera de que los bichos entraran a la casa, pero cada noche en el cuarto principal había grupos de moscas gordas y negras volando por todas partes. Mi tía dice que ella rezó la casa, llamó a una señora que siempre le trabajaba y se encerraron las dos solas ahí toda una noche. Luego las moscas dejaron de aparecer. Yo había olvidado la historia, hasta el día después del velorio del papá. Volví a mi apartamento ya de noche, cansada de hablar con gente, de recibir pésames, de tener la misma conversación muchas veces, de organizar la comida y la bebida y de tratar con los de la funeraria, con el cura de la misa, con tantas personas que al final creo que no velé a mi papá, no lo lloré. Incluso

no sé si lo vi metido en el cajón. Tal vez, sin pretenderlo del todo, evadí ese lugar, esa situación. Evité asomarme ahí, a donde estaba el cuerpo que había sido de él, ya un poco mal acomodado, relleno de algodón o de quién sabe qué cosas para que se pareciera al papá cuando estaba vivo, al rostro relleno de él mismo. Y cuando llegué a mi cuarto me encontré cuatro moscas volando sobre mi cama. Abrí la ventana y las saqué como pude con la cobija. A la noche siguiente, eran dos en la sala y tres en mi estudio. Busqué por todas partes larvas de mosca. Empecé por la basura, a ver si era que, con los días de hospital, la agonía, la muerte y el entierro del papá, había dejado cosas pudriéndose sin darme cuenta. No había nada. Miré si era que alguna mata tenía agua reposada con larvas. Tampoco. Esculqué entre los cojines, en los clósets, debajo de los muebles. Entonces me acordé de lo de mi tía y llamé a mi mamá. Quedamos en ver si se repetía el asunto. Por un momento, mientras le contaba, olvidé lo del papá, que había muerto, que estábamos tan cansadas de cuidarlo, de aguardar, de llorar. Olvidé todo. Por eso, ahora que vuelvo a llamarla, a la tercera vez de encontrarme las moscas, esperando que me sugiera contratar a la señora para que haga la misma limpieza que hizo donde mi tía, me sorprende que su respuesta sea que les eche Raid.

Mi mamá rápido encontró su manera de hacer el duelo. Después de los primeros días de recibir llamadas telefónicas y sentidos pésames y Soledad, querida, aquí estamos para lo que necesiten vos y las niñas y vos sos una mujer muy fuerte

y es que Iván te hubiera querido ver feliz; después de asentir y responder generalidades placenteras, mi mamá dejó de hablar. Solo pronunciaba palabra para lo indispensable. Lo siguiente que hizo fue pedirme el carro prestado y salir a manejar. Todos los días desde las nueve se va a dar vueltas por las calles, nunca deja que mi hermana o yo la acompañemos, y anda sin parar hasta la una de la tarde, cuando vuelve a la casa para almorzar algo ligero. Eligió salir en mi carro y no en el del papá porque es el único carro que ella ha manejado. Un Volkswagen Escarabajo del año 61, de color verde lora, que ellos compraron recién casados. En él aprendió mi mamá a manejar y lo usó por unos años, hasta que el papá sugirió que lo mejor era que ella no estuviera al volante. Mi mamá es una mujer nerviosa y temerosa de la ciudad que se defiende con agresividad montañera, lo que la convierte en una conductora lenta y torpe que anda maldiciendo e insultando a todo el que se le cruza. Me imagino que su forma de manejar debe de seguir igual, aunque más lenta tal vez, por los años y los dolores del cuerpo. El carro pasó a mis manos cuando cumplí dieciséis, y me encargué de mantenerlo, de ir recuperando lentamente las partes originales de Alemania que a veces se perdían de maneras misteriosas en los talleres. El Volkswagen se hizo parte de mí, como una extensión, un caparazón. Pero cuando mi mamá me lo pidió prestado, no pude negarme. Me pareció extraño y algo irresponsable que quisiera volver a estresarse de esa manera frente al volante, pero no opuse resistencia. Dijo que era para hacer unas vueltas nada más, y eso es lo que hace, salir a dar vueltas por la ciudad.

Mi hermana volvió a la casa por unos días para despedirse del papá y acompañar a la mamá, para que no esté en el apartamento tan sola, tan rodeada de cosas y de espacios que antes le pertenecían a él y que ya se sienten huecos, como agujeros negros por donde se puede ir todo en cualquier momento: el escritorio del papá, el lado de la cama del papá, la silla del comedor del papá, el pocillo del café del papá. Entonces, mi hermana es la que acompaña en las tardes a mi mamá, trata de conversarle, luchando ella también contra el dolor de la muerte. Es extraño que un dolor compartido nos aleje de formas tan sutiles. A veces las visito y trato de llamar una vez al día a la casa para preguntar cómo va todo, para saber si necesitan algo. Hablo casi siempre con mi hermana, que me cuenta de mi mamá, de dos o tres cosas que hizo y luego me cuelga. No decimos mucho ni yo a mi mamá ni mi mamá a mi hermana ni mi hermana a mí. Estamos cansadas, eso creo, de todo lo que hablamos antes de la muerte. Es como si las tres hubiéramos decidido que el silencio es la única posibilidad para asumirnos por el momento y lo buscáramos de maneras distintas.

Desde lo de las moscas mi apartamento se siente pesado, como un lugar que alberga humedades encerradas por mucho tiempo. Ensolvado, diría la mamá. Y me cuesta un poco respirar. Tengo en la garganta una carraspera molesta que a veces se vuelve tos. El apartamento es puro polvo inexplicable, como si no lo hubiera dejado de limpiar unas semanas, sino meses o años. Al principio intenté sacudir, pero ya me

he rendido y no me molesta ver sobre todas las superficies una capa delgada de suciedad y ver, en la luz que entra por las ventanas, el polvo que flota en el aire creando una atmósfera pesada y opaca en los cuartos. Una atmósfera como de otro mundo. Trato de no pararle muchas bolas, porque sé que el polvo y la tos son el rastro de otra cosa que aún no puedo nombrar. Una cosa como una sombra que se agarró hace días de las esquinas de mi apartamento, una cosa como un animal que se esconde y que parece existir sobre todo cuando no lo estoy mirando, en el cuarto del que acabo de salir, en el fondo de la cocina cuando apago las luces en la noche, junto a la puerta de mi pieza cuando le doy la espalda para dormir.

Voy a la cocina a buscar el Raid y detrás de mí siento pasos. Pasos de animal grande. Patas con uñas, como de un perro muy pesado. Me aguanto las ganas de voltearme porque para qué, si ya sé que no voy a encontrar nada, solo la casa vacía y oscura y ajena. Solo el enrarecimiento del ambiente que se aloja entre mis paredes y esa sensación tangible de que algo me sigue, algo que camina y se arrastra y se aferra a las esquinas. Cuando vuelvo a mi cuarto, lo lleno con una cantidad tal vez exagerada del insecticida, pero es que en ese momento, al presionar el aspersor de la botella metálica, suelto también una rabia que me ha ido creciendo hacia las moscas, hacia su presencia molesta por lo aparentemente inofensiva, una rabia que no entiendo del todo hacia la gente a la que no se le ha muerto nadie, hacia el silencio que se cuaja entre mi hermana, mi mamá y yo, hacia los espacios vacíos. Respiro el veneno con fuerza, a ver si me

intoxico un poco yo también y no me toca enfrentarme a esas tareas triviales que dejan los muertos, como qué hacer con su ropa, qué hacer con las cosas que guardan en los cajones, en los clósets y sobre todo, qué hacer con los libros. Esa es la tarea que tengo que asumir ahora, enfrentarme a los libros del papá porque nadie más va a hacerlo.

Dejo la botella de Raid vacía a un lado y me siento en la cama para respirar y acostumbrarme al olor del químico que pesa sobre todas las cosas en mi cuarto. No me atrevo a abrir la ventana por miedo a que entren más moscas, aunque la tos seca de hace días me agarra el pecho y me ahoga. Me parece que los pasos de animal se me acercan desde el corredor, y que a mis espaldas algo más se sienta también sobre la cama. No sé de dónde la saqué, pero desde hace rato me persigue la certeza de que cuando las moscas rondan, siempre traen consigo un mensaje.

Yo soy la hija mayor, la que nació primero, la que se hubiera llamado David de haber sido hombre, la que casi se muere tres veces durante el primer año de su vida, la que sostenía la linterna mientras el papá arreglaba el Volkswagen cuando nos varábamos en la carretera. Ahora soy la hija que se encarga de los libros. Hacerlo es necesario, ocupan mucho espacio en la casa. Las bibliotecas cubren las paredes y no dejan respirar. Casi todos los libros son de él, del papá. Es una cosa que tenemos en común, que teníamos en común: los libros. En mi apartamento se están gestando unas réplicas de las bibliotecas del papá que van subiendo por las paredes como enredaderas.

Me enfrento a esos libros sin saber cómo empezar a ordenarlos. Todos juntos son una biblioteca que el papá fue armando con paciencia, con atención, con amor incluso. Hay libros que tenía desde su infancia y libros que compró meses antes de morir, sabiendo que no los leería porque sus ojos se estaban nublando. Él, creo, presintió que se le venía una ceguera repentina, como una avalancha blanca sobre la mirada. Cada libro tiene su lugar en la casa, porque la casa es su biblioteca entera y tiene una lógica que funciona como el rastro de él, de mi papá, que leía de física, de astronomía, de teoría de la evolución, de historia y filosofía de la ciencia. Me paro frente a uno de los estantes y saco un libro al azar. En la portada está Lucy, la *Australopithecus afarensis* que recibió su nombre por una canción de los Beatles. Abro el libro y veo la firma del papá adentro. Todos sus libros la llevan. Sus libros, que eran el mapa de su vida, ahora están a la espera de que yo los separe, reordene y decida qué se hará con ellos. Eso fue lo que me encargó la mamá. Mirá a ver qué vamos a hacer con todos esos libros, me dijo.

Parada ante la biblioteca de mi papá comprendo que será otra muerte desmembrarla, repartir los libros que, entonces, solo quedarán unidos por la firma suya que siempre me gustó tanto, firma de señor: ininteligible, una línea frenética e ininterrumpida que solo él podía leer y solo él podía escribir. Era como un mecanismo de seguridad para que nadie la falsificara, creo que me dijo eso un día. Y cada libro tenía la suya, y todos unidos eran la biblioteca, y la biblioteca era una unidad lógica que solo tenía sentido estando junta. Era su historia, la de sus lecturas, la de sus pensamientos.

Hojeo el libro que tiene a Lucy en la portada y me agarra un nuevo ataque de tos, aunque en ningún lado hay polvo. Veo ideas subrayadas con lapicero. Él decía que un libro se hacía realmente suyo por las ideas subrayadas, porque en él podía leerse su lectura. Decido que voy a quedármelo y lo pongo en un lado de la mesa del comedor donde iré amontonando los libros que quiero para mí. Escucho de nuevo ese caminar sordo, las uñas que raspan suavemente las baldosas detrás de mí, y me parece que todo es lo mismo: la tos, las moscas, el abandono innegable de todo lo que se destruye, como si el tiempo pasara más rápido por las cosas que son mías, los pasos de animal. De nuevo me aguanto para no voltear y, para no dejar que el miedo me posea más, pienso en *Cosmos*, de Carl Sagan, y voy a buscarlo. Lo coloco sobre el de Lucy, ya van dos. Siento que acabo de terminar un trabajo duro, pero la verdad es que todavía no sé por dónde empezar. Hay librerías de viejo que se especializan en comprar bibliotecas de muertos, comprarlas enteras para luego examinar qué hay de valor. Las exhiben en la librería y, libro vendido por libro vendido, la biblioteca que era de alguien desaparece, se disemina hasta quedar en el olvido. El trabajo de toda una vida de selección y lectura. En el olvido. Me vuelve la tristeza del día en que nos despedimos el papá y yo, porque ahora es como si me despidiera de los libros y también como si al separarlos los matara un poco, igual que el día de la despedida yo también un poco lo maté a él.

Aunque ya me pasó la tos más fuerte, mi garganta no se asienta del todo, como si algo estorbara adentro de mi

cuerpo, como si algo quisiera salirse por la boca. Entonces voy a hacerme un café. Me toca en la cafetera maluca que deja un sabor a quemado, pero que es la única que mis papás admitieron en la casa. Es una jarra de plástico con una especie de resistencia por dentro y un cable para conectarla. Simplemente, uno la llena de agua, echa las cucharadas de café en un filtro de plástico que encaja dentro de la jarra, ocho en total, tapa y conecta. Tomo el café siempre negro y sin azúcar, y pienso que no puedo espulgar los libros uno por uno. Pienso que la mejor muerte para la biblioteca del papá es que pase a habitar otras bibliotecas donde cada libro quepa lógicamente, amorosamente. Tal vez haya algunos que puedan venderse, pero, parada ahí en la cocina tomándome el café, decido que la mayoría serán donados a universidades. Mentalmente hago la lista de los que quiero conservar, porque mi mamá no me pidió que los sacara todos, simplemente que desocupáramos un poco la casa, que con todos los libros ella sentía que el papá todavía estaba ahí. Pienso en una edición muy vieja de la historia bíblica de José con la que mi papá enseñó a leer a sus hermanos, luego a mí y a mi hermana. Pienso en la teoría general de la relatividad de Einstein, pienso en los libros de sir Isaac Newton, el último gran mago, me dijo un día el papá. Trato de acordarme de otros libros, ahí parada en la cocina, pero no se me ocurre nada y me doy cuenta de que debo recorrer de nuevo la biblioteca, mirar cada lomo, para recordar.

Escucho las llaves de la mamá al otro lado de la puerta, ya es hora de almorzar. Llegué a la casa a media mañana para

empezar con lo de los libros y no encontré ni a la mamá ni a mi hermana. Por eso cuando la puerta se abre a la una no me sorprende verlas juntas. No sé cómo hizo Estefanía para convencer a la mamá de que se dejara acompañar en el carro, pero es que entre ellas dos hay una especie de conexión que yo no entiendo. Será por eso que se parecen más: las son dos bajitas, con los ojos grandes, los de la mamá verdes y los de Estefanía amarillos. A veces, cuando me miran al tiempo, se siente como si me observaran águilas. Algo en el fondo de sus ojos lastima como un punzón, como una garra. Yo, en cambio, no puedo verme el fondo de los ojos, no encuentro nada en esa oscuridad café como de charco, como de cucarrón. Usualmente, el trabajo de mi hermana la obliga a viajar, vive medio metida en el monte, ejerciendo como veterinaria de fauna silvestre. Es un trabajo ingrato que cada vez se le nota más en la cara, en las ojeras, en la voz triste. Es más la muerte que la rodea que la posibilidad que tiene ella de sanar a los animales. Mi mamá entra derecho a la cocina a preparar algo de comer porque sabe que yo no he hecho nada, pero Estefanía se acerca a ayudarme. Entiende, sin que le explique, cuál es mi método. En eso, ella y yo tenemos una conexión más sutil, casi imperceptible, pero que cuando aparece devela que sigue ahí, férrea. Somos muy distintas, pero crecer juntas hizo que nos entendamos como nadie, que nos conozcamos los lados flacos, las manías, los miedos, las manías y las maneras. Ella sabe que, por mi obsesión con el orden y las categorías, estos morros de libros que crecen en la mesa del comedor y en el piso al pie de las bibliotecas tienen una lógica discernible que ella, apenas

con leer un par de lomos, descifra. Sabe cuáles estoy separando para donar, cuáles para quedarme, cuáles para vender, y entiende que hay otra sección, esa de la duda.

Mientras examinamos las bibliotecas de la sala me cuenta de los animales, siempre habla de ellos. Creo que de cierta manera se entiende mejor con ellos que con la gente. Pero su trabajo carga una tragedia que horada el músculo de su resistencia, de su esperanza. Y es que es muy poco lo que puede hacer por los animales, debido a la falta de recursos de las instituciones estatales, al desconocimiento y la ignorancia de la gente que acorrala, que hiere, que mata. Me cuenta que muchos de los animales rescatados mueren o hay que matarlos. Pero hoy liberamos un perro de monte que habían atropellado arriba en el Escobero, me dice, y se le nota un alivio. Saca su celular y me muestra el video de la liberación, donde aparece ella con un guacal en la mano. La veo agacharse en medio de la montaña, el terreno está empinado, pero ella se sostiene fácilmente, abre la puertita metálica del guacal y el perro de monte sale disparado para esconderse entre los matorrales. Así, en unos segundos, el animal que cuidó por semanas se pierde entre las matas y a ella solo le queda confiar, confiar en quién sabe qué destino, porque los animales no tienen dioses. Después del video me muestra una foto de un águila blanca con algunas plumas negras y un penacho sobre la cabeza. Águila real de montaña, *Spizaetus isidori*, me dice, porque sabe que a mí me gusta que ella se sepa los nombres de todo en latín, como una enciclopedia. La cogieron por Sopetrán, alguien le disparó en el ala, me dice. Llevo semanas cuidándola,

desinfectándole la herida, controlando sus medicamentos, hasta sueño con ella. En la foto que sigue aparece Estefanía con el águila enorme perchada de su antebrazo. Parece Atila mi hermana, y la miro como si no la conociera, porque a esa otra que trabaja con animales, que agarra boas como si fueran cualquier cosa, que saca alacranes de la casa sin miedo, que se acerca a las águilas como si fueran amigas, a esa no la conozco mucho. Luego nos quedamos calladas, escuchando el ruido de ollas que hace la mamá en la cocina y, de vez en cuando, la tos mía que no se quita. Desde la muerte del papá se siente más el silencio que se expande entre nosotras, pero trato de mantener la conversación. Comento sobre los libros que encuentro y le pregunto si los recuerda. Así nos vamos yendo, existiendo como sea, como se pueda, en los días que siguen a la muerte, en las semanas, en medio del tiempo que ha perdido todo sentido pero que sigue pasando.

El resto de la tarde enfrento los libros. La tos de la noche anterior, la que me quedó después de llenar mi cuarto de Raid, insiste como uñas dentro de mi garganta. Después de que almorzamos arepas con verduras, la mamá se sienta a leer el periódico y yo trato de ponerle conversación mientras me muevo por la casa, de biblioteca en biblioteca, clasificando. Mi hermana salió a una cosa de trabajo, un rescate de un zorro que quedó aislado en algún barrio. No se despidió. El nombre de nuestra madre nos pesa encima como nunca con este silencio que nos hace sentir desconocidas. Las hijas de Soledad, blancas como fantasmas, solas como fantasmas incluso cuando estamos juntas en una habitación.

La mamá no me dice nada y de alguna manera empiezo a entender que si habla corre el riesgo de desbaratarse, de llorar hasta ahogarse, de sacar todos los miedos y los reclamos y los lamentos que guarda desde que supimos que el papá se moriría. Por eso mantiene la boca cerrada. Yo, en cambio, me encuentro hablándole. No puedo estar mucho rato en silencio abriendo y cerrando libros, acomodándolos en pilas. Entonces repito lo de las moscas, a ver si me dice algo que no sea volver a echarles Raid. Me da rabia esa pasividad de la mamá, esa antipatía suya ahí sentada en el sofá, porque yo sé que ella sabe que lo de las moscas no es normal. Y quiero que diga que vamos a llamar a la señora que le trabaja a mí tía. Quiero que despierte, que se alarme, que afirme que sí es muy raro que aparezcan moscas en mi cuarto sin explicación y que se lo tome con la seriedad que yo creo que se merece. Quiero pelearle, pero la tos me atraganta las palabras y termino ahogada y sin argumentos. Ella esta vez ni de insecticida habla. Escucho perfectamente el raspar del lápiz contra el periódico mientras la mamá rellena el crucigrama.

Han pasado unas horas, y por las ventanas se ve la noche llena de luz eléctrica. La tos parece haber cedido, aunque todavía en la respiración siento algo carrasposo, lijas, uñas, polvo, piedritas, arena. También con el fin de la tarde ha aumentado el sentimiento de que esa cosa que se aloja intrusa en mi apartamento me ha seguido hasta esta casa. Los pasos del animal se sienten más pesados. La certeza oscura de estar siendo mirada. De la biblioteca que está en el estudio del papá saco el *Philosophiæ Naturalis Principia Mathematica* de sir Isaac Newton y de repente veo algo frente

a mí. Algo que sé que no está ahí realmente. Y me parece que entiendo un montón de cosas sin saber cómo. Todo el cuerpo me tiembla por un frío que solo me toca a mí, que sale de mí, y los pulmones me arden, como llenos de arena caliente y áspera. La tos de hace un rato arrecia y siento que me ahogo en espasmos violentos, chapaleos de pescado a punto de morir. Desesperada por aire, me agarro del libro con toda mi fuerza. La mamá llega corriendo con los ojos muy abiertos, grita, se ve viva como hace días no estaba. Incluso ahogándome, el tiempo se desdobra lo suficiente para que yo pueda pausar y apreciar su cara de miedo, escuchar su voz destemplada. Qué fue, qué viste, me grita. Agarra mis hombros y me levanta de la posición torcida en la que estoy porque ya me he rendido ante la asfixia, y me pega duro una palmada en la mitad del pecho. No es nada, hija, respíra. No sé cómo, el golpe me saca la arena de los pulmones.

Que Ana Gregoria manda decir que la tengo que ir a buscar, le digo no sabiendo del todo qué es lo que significa ese mensaje. Mi mamá se sienta lentamente en el sillón que hay junto al escritorio. Se mira las manos y parece derrotada, cosa que nunca he visto en ella, porque mi mamá nunca pierde, nunca cede, nunca se rinde. Vi una señora, ma, delante mío, cuando cogí este libro del papá. Se lo acerco, pero ella no lo mira. Una señora negra, con el pelo muy cortico, casi rapada, rodeada de moscas. No sé cómo supe que se llamaba Ana Gregoria, ni cómo supe qué fue lo que me dijo, porque no movió la boca, le explico, pero creo que no es necesario. Te abrieron los ojos los poderes, me responde, aunque yo apenas la escucho.